

Jueves 29 noviembre / 90

## Mantenerse en Guardia

Miguel Angel Granados Chapa

Las relaciones entre dos países son muy complejas como para que puedan ser modificadas por sólo un encuentro entre mandatarios, por más plena de cordialidad que resulte la cita. La reunión de Monterrey y Aguascalientes mostró los lazos de amistad que se han anudado entre los presidentes Bush y Salinas, y está bien que así ocurra, pues sólo con ánimo enfermizo podría predicarse enseñar los dientes a la nación vecina, especialmente cuando se trata de la potencia mayor del mundo, y especialmente cuando el ausentismo de la que le hacía contrapeso la ha dejado en situación de conducirse como mejor le plazca.

Pero no es enfermizo reflexionar sobre la necesidad de mantenernos, como nación, en guardia, no contra acechanzas urdidas en oscuras oficinas, que puede ser puramente fantasioso, sino contra los muchos intereses y apetitos que surcan la muy vasta y compleja sociedad norteamericana y los que también están presentes en el gobierno. Ni siquiera en México, donde la voluntad presidencial surte tan poderoso efecto en diversos ámbitos, se puede esperar que no surjan conductas que contraríen los intereses de cada sector. Estamos viéndolo en las dificultades para llevar adelante la quinta concertación pactista. Mucho menos, en consecuencia, ocurre eso en un país cuyas instituciones dejan un peso sólo relativo a la investidura presidencial.

Creo que, en rigor, no podemos ser amigos de Estados Unidos. Podemos buscar una coexistencia pacífica, una buena vecindad. Pero me temo que la amistad sólo sea tema para discursos, porque supone una relación entre iguales. Y es bien sabido que la desigualdad entre las dos naciones introduce gérmenes de desentendimiento, de desencuentro que no es posible eliminar con sólo la buena voluntad.

Cuando no hay semejanza en los tamaños, la parte mayor tiende a procurar un beneficio a costa de la parte menor. Cuando el cántaro da en la fuente, escribió Cervantes, es malo para el cántaro. Es decir, en caso de un conflicto, la parte débil tenderá a resentir perjuicios que ni siquiera puede evitar mostrando una cara sonriente, propicia a generar buena voluntad.

En su reunión, los presidentes pusieron el acento en la violencia fronteriza, que daña a los mexicanos que trabajan sin documentos en Estados Unidos y, a veces, sólo por el hecho de ser mexicanos, como en el caso del jovencito herido sólo por asomarse, desde el lado mexicano, a ver una operación de la Patrulla Fronteriza. Es claro que no basta el compromiso formal del Ejecutivo fede-

ral para detener las agresiones antimexicanas, porque el tema abarca a la sociedad entera y no sólo al gobierno.

La animosidad contra los mexicanos no es nueva y parece ser inextirpable. Proviene de oscuras y profundas capas de la sensibilidad norteamericana y germina y crece en la irracionalidad. Por supuesto no todos los habitantes de aquella nación son así. Se puede documentar conmovedores casos de solidaridad generosidad con muchachos veinteañeros que buscan, a la par que trabajo, un nuevo horizonte vital en California y son apoyados en su empeño con agradecible interés. Pero en su dimensión social el fenómeno es en sentido contrario. Ni siquiera es posible esperar una garantía de que el comportamiento de las autoridades norteamericanas sea humanitario, porque no todos dependen de la federación y porque los intereses políticos locales a que a menudo responden las colocan, por definición, en la trinchera opuesta a los mexicanos.

Tenemos que rascarnos con nuestras propias uñas, no esperando que otros hagan lo que nos interesa mayormente a nosotros, la defensa legal de nuestros nacionales, la promoción de sus intereses comunitarios, son las acciones que competen al gobierno de México ante la violencia fronteriza. Si nos atenemos a la amistad proclamada pero difícilmente comprobada, estaríamos incurriendo en ingenuidad.

No abogo por declararle la guerra a Estados Unidos, entre otras cosas, como en el viejo chiste, porque ¿qué tal si la ganáramos? Quiero decir que no comparto la tesis memoriosa de mantener vivo el recuerdo de los graves agravios que desde el nacimiento de ambas naciones se nos ha inferido. No son de poca monta, pero resultaría absurdo convertirlos en causa de diferencias vigentes. Lo que digo es que sería ilusorio pretender que asistimos, de veras, al surgimiento de una nueva era. De seguro estamos en presencia de una actitud gubernamental mexicana diferente de las que hasta ahora habíamos conocido, pues los gobiernos de México pretendieron siempre mostrarse circunspectos ante el vecino. No lo provocaron nunca, en serio, pero no creyeron que iniciativas como las de Mr. Amigo fueran algo más que poses, a veces utilizadas para ocultar malos designios.

Estrechemos, sí, la mano del vecino. Pero póngamos rígido el brazo para mantenernos a prudente distancia de él. No hay que olvidar que el origen de ese estilo de saludo fue la sana desconfianza que se manifestaban los condotieros renacentistas, que de ese modo evitaban ser agredidos a mansalva.